

Alicia Sisca

Discurso con motivo de la recepción del título de Doctora en Letras

He aceptado el compromiso de hablar en nombre de profesionales que, en este solemne acto, recibirán como yo el diploma que nos acredita como doctores en cada una de las carreras elegidas, llamados por la vocación. Confío en que mis palabras reflejen, aunque sea en parte, lo que piensan y lo que sienten mis colegas, no porque me crea capaz de lograrlo acabadamente sino porque creo en la capacidad de comprensión de cada uno y en el amor que nos une: amor al saber, al prójimo, a Dios y a la Universidad del Salvador.

En mi caso, particularmente, elegí esta institución hace cuarenta años (y hoy la sigo eligiendo) porque tengo la certeza de que la razón y la fe van unidas y son el camino para llegar a la Verdad.

Esta querida Universidad del Salvador, fundada en 1956 por los padres jesuitas a partir de tres institutos: el de Filosofía, el de Historia y el de Letras, desde entonces tiene grabado en el lema de su escudo: «Doy ciencia a la mente y virtud al corazón». Esto significa diálogo, aquél que incluye una polaridad de saberes en búsqueda de la verdad, no como mera realidad racional sino como lo que ilumina más allá de nosotros y nos habla de Alguien a quien creemos y vivimos como la Verdad misma. También significa encuentro, aquél que incluye escucha y espera, sin prejuicios, con el espíritu gratuito que tiene el otro y del que todos los hombres, que nos sentimos hijos amados de Dios, somos partícipes. Por último, también significa adoración, aquélla que se traduce como respeto por un Misterio que nos antecede y que, al dársenos amorosamente, nos ha dignificado.

En este ámbito, el salón San Ignacio de Loyola de la Universidad del Salvador, que es un lugar físico pero supone, sin duda, esta mística que inspiró a sus fundadores, tenemos hoy la satisfacción de recibir, oficialmente, el grado máximo al que

aspira un estudiante universitario, cerrando un ciclo y abriendo otro de mayor compromiso y responsabilidad.

Si desde el ahora de la meta lograda miramos los años transcurridos, cada uno de los graduados vemos ante nuestros ojos un panorama entrañable de seres amados y de cosas queridas, que, en este momento, parecerían también tener un alma que tratara de adherirse a nuestra alma. Recuerdos de profesores (en mi caso destaco al eminente padre Ismael Quiles S. J. y al entrañable doctor Arturo Berenguer Carisomo), de amigos, de colegas en los foros de discusión, de trabajos para los seminarios de investigación y hasta de los distintos ámbitos o rinconcitos de nuestra Facultad.

Naturalmente surge esa palabra, tan sencilla y breve, que en ocasiones como ésta pronuncian todos los labios y asoma, con temblor de lágrimas, a todos los ojos. ¡La palabra sencilla gracias! La nobleza de su origen latino y la hondura de su esencia cristiana acaso alcancen a expresar lo que rebosa del corazón de cada uno de los Doctores graduados, que hoy recibimos nuestro diploma.

Gracias a Dios, que con su amorosa Providencia encaminó nuestros pasos hacia esta Universidad del Salvador, donde la sombra de San Ignacio se proyecta sobre nosotros y nuestras obras intelectuales.

Gracias a las autoridades de la Facultad de Filosofía, Historia y Letras, en forma especial a nuestro decano, constantemente animado de un renovador espíritu humanístico, y a todos los que constituyen esta comunidad educativa formada por docentes, no docentes y estudiantes, pues estuvimos contenidos por todos ellos y, en cierta forma, colaboraron también con nuestro logro.

Gracias a quienes fueron nuestros profesores en el doctorado; a quienes, como compañeros

doctorandos, participaron de nuestra labor; y gracias, particularmente, a quienes, como padrinos de nuestras tesis, nos allanaron los escollos para que llegásemos a este día de triunfo.

Pero la palabra no se agota en estos reconocimientos. Queda un repliegue en lo más hondo de su significado, para agradecer también a nuestras familias y a nuestros amigos, a los que correspondió la paciencia que da el amor para sostenernos en momentos de dudas, de desánimo, y que desde este recinto o desde el Cielo, participan hoy de nuestra alegría.

Si se me permite un recuerdo personal, mencionaré las figuras de mi padre y de mi hermano que, cada uno en su medida, me apoyaron y me alentaron en esta difícil senda, y lo siguen haciendo, junto a Dios. Miraré a mi madre, aquí presente, para decirle a ella, también, ¡gracias!, aunque la emoción me traicione.

Llegar a doctor es formalizar un compromiso con el pasado, con el presente y con el futuro. Con el pasado, para ser dignos del tesoro espiritual recibido; con el presente, para desenvolver la misión doctoral con toda la perfección posible y estar a la altura de cada circunstancia; con el futuro, porque es nuestro deber apoyar y formar a los nuevos investigadores y próximos doctores.

Por último, diré que, ya que la figura de nuestro personaje literario prototípico, Martín Fierro, me acompañó alentándome en la implementación del tema de mi tesis doctoral, es justo que esté presente también en esta ocasión, para añadir un consejo de experiencia gaucha y argentina, fundamentada en los principios éticos de nuestro ser nacional. Consejo que recibiré también yo, junto a los colegas a quienes represento, los futuros doctores de esta facultad y todos cuantos quieran acogerlo:

Hay hombres que de su cencia
tienen la cabeza llena.
Hay sabios de todas menas,
mas digo, sin ser muy ducho,
que es mejor que aprender mucho,
el aprender cosas buenas.

Valores, pertinencia y gratitud. Éstas fueron las ideas-eje de mis palabras que puedo, también, aplicar a esta pequeña pero significativa sextina hernandiana. La gratitud que siento por los argentinos que nos antecedieron, como José Hernández, y nos legaron su participación activa en la construcción de la cultura nacional; la pertinencia de una obra como es *Martín Fierro*, auténticamente nuestra, aunque no siempre la merezcamos, y los valores cristianos que conlleva, sencillos pero profundamente humanos, como el consejo con el que remata la estrofa. Consejo que supone una difícil misión, que creo que compartimos todos a lo largo de nuestra vida terrenal y que sólo podremos llevarlo a buen término con la ayuda de Dios, a Quien invoco, y de María, Madre celestial y sede de la Sabiduría.

Buenos Aires, 23 de abril de 2001, en el Salón San Ignacio de Loyola